

Bola de Sebo

Tallow Ball

Guy de MAUPASSANT

Durante muchos días consecutivos pasaron por la ciudad restos del ejército derrotado. Más que tropas regulares, parecían hordas en dispersión. Los soldados llevaban las barbas crecidas y sucias, los uniformes hechos jirones, y llegaban con apariencia de cansancio, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían abrumados y derrengados, incapaces de concebir una idea o de tomar una resolución; andaban sólo por costumbre y caían muertos de fatiga en cuanto se paraban. Los más eran movilizados, hombres pacíficos, muchos de los cuales no hicieron otra cosa en el mundo que disfrutar de sus rentas, y los abrumaba el peso del fusil; otros eran jóvenes voluntarios, impresionables, prontos al terror y al entusiasmo, dispuestos fácilmente a huir o acometer; y mezclados con ellos, iban algunos veteranos agueridos, restos de una división destrozada en un terrible combate; artilleros de uniforme oscuro, alineados con reclutas de varias procedencias, entre los cuales aparecía el brillante casco de algún dragón, tardo en el andar, que seguía difícilmente la marcha ligera de los infantes.

Compañías de francotiradores, bautizados con epítetos heroicos: Los Vengadores de la Derrota, Los Ciudadanos de la Tumba, Los Compañeros de la Muerte, aparecían a su vez con aspecto de facinerosos.

Capitaneados por antiguos almacenistas de paños o de cereales, convertidos en jefes gracias a su dinero —cuando no al tamaño de las guías de sus bigotes—, cargados de armas, de abrigos y de galones, que hablaban con voz campanuda, proyectaban planes de campaña y pretendían ser los únicos cimientos, en el único sostén de la Francia agonizante, cuyo peso moral gravitaba por entero sobre sus hombros de fanfarrones, a la vez que se mostraban temerosos de sus mismos soldados, gentes del bronce, muchos de ellos valientes, y también forajidos y truhanes.

Se dijo por entonces que los prusianos iban a entrar en Rúan.

La Guardia Nacional, que desde dos meses atrás practicaba con gran lujo de precauciones prudentes reconocimientos en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas y aprestándose al combate cuando un gazapillo hacía crujir la hojarasca, se retiró a sus hogares. Las armas, los uniformes, todos los mortíferos arreos que hasta entonces derramaron el terror sobre las carreteras nacionales, en tres leguas a la redonda, desaparecieron de repente.

Los últimos soldados franceses acababan de atravesar el Sena buscando el camino de Port—Audemer por Saint—Sever y Bourg—Achard, y su general iba tras ellos entre dos de sus ayudantes, a pie, desalentado porque no podía intentar nada con los jirones de un ejército deshecho y enloquecido por el terrible desastre de un pueblo acostumbrado a vencer y al presente vencido, sin gloria ni desquite, a pesar de su bravura legendaria.

For several days in succession fragments of a defeated army had passed through the town. They were mere disorganized bands, not disciplined forces. The men wore long, dirty beards and tattered uniforms; they advanced in listless fashion, without a flag, without a leader. All seemed exhausted, worn out, incapable of thought or resolve, marching onward merely by force of habit, and dropping to the ground with fatigue the moment they halted. One saw, in particular, many enlisted men, peaceful citizens, men who lived quietly on their income, bending beneath the weight of their rifles; and little active volunteers, easily frightened but full of enthusiasm, as eager to attack as they were ready to take to flight; and amid these, a sprinkling of red-breeched soldiers, the pitiful remnant of a division cut down in a great battle; somber artillerymen, side by side with nondescript foot-soldiers; and, here and there, the gleaming helmet of a heavy-footed dragoon who had difficulty in keeping up with the quicker pace of the soldiers of the line.

Legions of irregulars with high-sounding names " Avengers of Defeat, " " Citizens of the Tomb, " " Brethren in Death " --passed in their turn, looking like banditti.

Their leaders, former drapers or grain merchants, or tallow or soap chandlers--warriors by force of circumstances, officers by reason of their mustachios or their money-- covered with weapons, flannel and gold lace, spoke in an impressive manner, discussed plans of campaign, and behaved as though they alone bore the fortunes of dying France on their braggart shoulders; though, in truth, they frequently were afraid of their own men --scoundrels often brave beyond measure, but pillagers and debauchees.

Rumor had it that the Prussians were about to enter Rouen.

The members of the National Guard, who for the past two months had been reconnoitering with the utmost caution in the neighboring woods, occasionally shooting their own sentinels, and making ready for fight whenever a rabbit rustled in the undergrowth, had now returned to their homes. Their arms, their uniforms, all the death-dealing paraphernalia with which they had terrified all the milestones along the highroad for eight miles round, had suddenly and marvelously disappeared.

The last of the French soldiers had just crossed the Seine on their way to Pont-Audemer, through Saint-Sever and Bourg-Achard, and in their rear the vanquished general, powerless to do aught with the forlorn remnants of his army, himself dismayed at the final overthrow of a nation accustomed to victory and disastrously beaten despite its legendary bravery, walked between two orderlies.

Una calma profunda, una terrible y silenciosa inquietud, abrumaron a la población. Muchos burgueses acomodados, entumecidos por el comercio, esperaban ansiosamente a los invasores, con el temor de que juzgasen armas de combate un asador y un cuchillo de cocina.

La vida se paralizó, se cerraron las tiendas, las calles enmudecieron. De tarde en tarde un transeúnte, acobardado por aquel mortal silencio, al deslizarse rápidamente, rozaba el revoque de las fachadas.

La zozobra, la incertidumbre, hicieron al fin desear que llegase, de una vez, el invasor.

En la tarde del día que siguió a la marcha de las tropas francesas, aparecieron algunos ulanos, sin que nadie se diese cuenta de cómo ni por donde, y atravesaron al galope la ciudad. Luego, una masa negra se presentó por Santa Catalina, en tanto que otras dos oleadas de alemanes llegaban por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron a una hora fija en la plaza del Ayuntamiento y por todas las calles próximas afluyó el ejército victorioso, desplegando sus batallones, que hacían resonar en el empedrado el compás de su paso rítmico y recio.

Las voces del mando, chilladas guturalmente, repercutían a lo largo de los edificios, que parecían muertos y abandonados, mientras que detrás de los postigos entornados algunos ojos inquietos observaban a los invasores, dueños de la ciudad y de vidas y haciendas por derecho de conquista. Los habitantes, a oscuras en sus viviendas, sentían la desesperación que producen los cataclismos, los grandes trastornos asoladores de la tierra, contra los cuales toda precaución y toda energía son estériles. La misma sensación se reproduce cada vez que se altera el orden establecido, cada vez que deja de existir la seguridad personal, y todo lo que protegen las leyes de los hombres o de la naturaleza se pone a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. Un terremoto aplastando entre los escombros de las casas a todo el vecindario; un río desbordado que arrastra los cadáveres de los campesinos ahogados, junto a los de sus bueyes y las vigas de sus viviendas, o un ejército victorioso que acuchilla a los que se defienden, hace a los demás prisioneros, saquea en nombre de las armas vencedores y ofrenda sus preces a un dios, al compás de los cañonazos, son otros tantos azotes horribles que destruyen toda creencia en la eterna justicia, toda la confianza que nos han enseñado a tener en la protección del cielo y en el juicio humano.

Se acercaba a cada puerta un grupo de alemanes y se alojaban en todas las casas. Después del triunfo, la ocupación. Se veían obligados los vencidos a mostrarse atentos con los vencedores.

Then a profound calm, a shuddering, silent dread, settled on the city. Many a round-paunched citizen, emasculated by years devoted to business, anxiously awaited the conquerors, trembling lest his roasting-jacks or kitchen knives should be looked upon as weapons.

Life seemed to have stopped short; the shops were shut, the streets deserted. Now and then an inhabitant, awed by the silence, glided swiftly by in the shadow of the walls.

The anguish of suspense made men even desire the arrival of the enemy.

In the afternoon of the day following the departure of the French troops, a number of uhlans, coming no one knew whence, passed rapidly through the town. A little later on, a black mass descended St. Catherine's Hill, while two other invading bodies appeared respectively on the Darnetal and the Boisguillaume roads. The advance guards of the three corps arrived at precisely the same moment at the Square of the Hotel de Ville, and the German army poured through all the adjacent streets, its battalions making the pavement ring with their firm, measured tread.

Orders shouted in an unknown, guttural tongue rose to the windows of the seemingly dead, deserted houses; while behind the fast-closed shutters eager eyes peered forth at the victors-masters now of the city, its fortunes, and its lives, by "right of war." The inhabitants, in their darkened rooms, were possessed by that terror which follows in the wake of cataclysms, of deadly upheavals of the earth, against which all human skill and strength are vain. For the same thing happens whenever the established order of things is upset, when security no longer exists, when all those rights usually protected by the law of man or of Nature are at the mercy of unreasoning, savage force. The earthquake crushing a whole nation under falling roofs; the flood let loose, and engulfing in its swirling depths the corpses of drowned peasants, along with dead oxen and beams torn from shattered houses; or the army, covered with glory, murdering those who defend themselves, making prisoners of the rest, pillaging in the name of the Sword, and giving thanks to God to the thunder of cannon --all these are appalling scourges, which destroy all belief in eternal justice, all that confidence we have been taught to feel in the protection of Heaven and the reason of man.

Small detachments of soldiers knocked at each door, and then disappeared within the houses; for the vanquished saw they would have to be civil to their conquerors.

Al cabo de algunos días, y disipado ya el temor del principio, se restableció la calma. En muchas casas un oficial prusiano compartía la mesa de una familia. Algunos, por cortesía o por tener sentimientos delicados, compadecían a los franceses y manifestaban que les repugnó verse obligados a tomar parte activa en la guerra. Se les agradecían esas demostraciones de aprecio, pensando, además, que alguna vez sería necesaria su protección. Con adulaciones, acaso evitarían el trastorno y el gasto de más alojamientos. ¿A qué hubiera conducido herir a los poderosos, de quiénes dependían? Fuera más temerario que patriótico. Y la temeridad no es un defecto de los actuales burgueses de Ruan, como lo había sido en aquellos tiempos de heroicas defensas, que glorificaron y dieron lustre a la ciudad.

Se razonaba —escudándose para ello en la caballerosidad francesa— que no podía juzgarse un desdoro extremar dentro de casa las atenciones, mientras en público se manifestase cada cual poco deferente con el soldado extranjero. En la calle, como si no se conocieran; pero en casa era muy distinto, y de tal modo le trataban que retenían todas las noches al alemán de tertulia junto al hogar, en familia.

La ciudad recobraba poco a poco su plácido aspecto exterior. Los franceses no salían con frecuencia, pero los soldados prusianos transitaban por las calles a todas horas. Al fin y al cabo, los oficiales de húsares azules que arrastraban con arrogancia sus chafarotes por las aceras no demostraban a los humildes ciudadanos mayor desprecio del que les habían manifestado el año anterior los oficiales de cazadores franceses que frecuentaban los mismos cafés.

Había, sin embargo, un algo especial en el ambiente; algo sutil y desconocido; una atmósfera extraña e intolerable, como una peste difundida: la peste de la invasión. Esa peste saturaba las viviendas, las plazas públicas, trocaba el sabor de los alimentos, produciendo la impresión sentida cuando se viaja lejos, muy lejos del propio país, entre bárbaras y amenazadoras tribus.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban sin chistar: eran ricos. Pero cuanto más opulento es el negociante normando, más le hace sufrir verse obligado a sacrificar una parte, por pequeña que sea, de su fortuna, poniéndola en manos de otro.

At the end of a short time, once the first terror had subsided, calm was again restored. In many houses the Prussian officer ate at the same table with the family. He was often well-bred, and, out of politeness, expressed sympathy with France and repugnance at being compelled to take part in the war. This sentiment was received with gratitude ; besides, his protection might be needful some day or other. By the exercise of tact the number of men quartered in one's house might be reduced ; and why should one provoke the hostility of a person on whom one's whole welfare depended ? Such conduct would savor less of bravery than of foolhardiness. And foolhardiness is no longer a failing of the citizens of Rouen as it was in the days when their city earned renown by its heroic defenses.

Last of all-final argument based on the national politeness--the folk of Rouen said to one another that it was only right to be civil in one's own house, provided there was no public exhibition of familiarity with the foreigner. Out of doors, therefore, citizen and soldier did not know each other ; but in the house both chatted freely, and each evening the German remained a little longer warming himself at the hospitable hearth.

Even the town itself resumed by degrees its ordinary aspect. The French seldom walked abroad, but the streets swarmed with Prussian soldiers. Moreover, the officers of the Blue Hussars, who arrogantly dragged their instruments of death along the pavements, seemed to hold the simple townsmen in but little more contempt than did the French cavalry officers who had drunk at the same cafes the year before.

But there was something in the air, a something strange and subtle, an intolerable foreign atmosphere like a penetrating odor --the odor of invasion. It permeated dwellings and places of public resort, changed the taste of food, made one imagine one's self in far-distant lands, amid dangerous, barbaric tribes.

The conquerors exacted money, much money. The inhabitants paid what was asked ; they were rich. But, the wealthier a Norman tradesman becomes, the more he suffers at having to part with anything that belongs to him, at having to see any portion of his substance pass into the hands of another.

Cher Auteur,

Nous traduisons et éditons des oeuvres brèves  
(moins de 30000 mots).

Les éditeurs traditionnels publient rarement une  
nouvelle isolée.

Débutez votre carrière littéraire avec nous !

<http://www.MultilingualBookstore.com>

Dear Writer,

We translate and publish short works (less than  
30000 words).

Traditional publishers seldom publish an isolated  
short novel.

Start your writing career with us !

Multilingual Bookstore